

## Impresiones de un fragmento de biografía

Todo acto social debiera tener la obligación de conservar, preservar y a veces hasta difundir las experiencias vividas para ir integrando la memoria social. Si no para todos cuando menos para sus nietos, o alumnos o amigos. Esta obligación debería de ser mayor, para quienes usufructuando parte de la plusvalía, hemos dedicado "nuestros años de estudio" a las Ciencias Sociales. Lo que además de convertirlo a uno en "testigo de la historia", lo obliga también a ser el que explique racional y "científicamente" lo que ha visto, obligación que por otra parte los sociólogos se han atribuido a sí mismos.

Casi todos hemos comenzado por escribir pequeños diarios íntimos, en donde recogemos emociones, en donde relatamos lo que más nos impresiona, lo que más se ha sentido al final de uno o varios días y que leído con el paso del tiempo, refleja los cambios de emociones, de sentimientos, las relaciones sentimentales, los amigos, y en un lejano panorama y a manera de escenografía el desarrollo histórico de los acontecimientos nacionales e internacionales.

Luego le parece a uno que todo eso es francamente muy elemental, si no es que hasta cursi, y que seguramente el hecho de que el día posterior a la manifestación silenciosa uno se peleó con la novia, carece de interés para cualquiera, excepto para la novia y uno. Es entonces el momento de elaborar un "marco teórico", de ir a la hemeroteca; de elaborar fichas con el desarrollo cronológico de los acontecimientos; de hacer un análisis de contenido de los editoriales publicados en esos momentos, de revisar exhaustivamente toda (o la que se encuentre al menos...) la bibliografía sobre el acontecimiento o de hacer entrevistas con los principales testigos, de elaborar (si se puede) una encuesta, de hacer correlaciones, sacar conclusiones y presentar una tesis de cualquier nivel, aprobarla y luego publicarla. Así habría cumplido con la doble función de testigo y científico y además se habría ganado un título.

Y eso fue lo que hice, salvo publicarla, pues en el

examen profesional me dijeron que sería conveniente corregir esto y lo otro, y luego pasó el tiempo y comencé a trabajar y descubrí que me gustaba más la tradición oral y he contado desde entonces a todos mis alumnos mi versión de 1968 semestre tras semestre.

Pero ya han pasado diez años y se han publicado varias cosas más, entre ellas una muy buena tesis de Sergio Zermeño, una espléndida novela de Luis González de Alba, conmovedores testimonios de Elena Poniatowska, deliciosas y agudas páginas de Carlos Monsiváis, imaginativas y profundas reflexiones de Octavio Paz y decenas de testimonios y análisis, entrevistas y artículos de miembros del Consejo Nacional de Huelga o de algunos que no fueron ni siquiera a una manifestación o brigada pero que hablan de "su participación y por supuesto, cientos de páginas de mentiras e invenciones de quienes escriben por comisión y que nunca han entendido nada ni les interesa comprender, y sólo desean condenar a todo aquél que pretenda el más mínimo cambio en la sociedad, descubriendo conjuras chinas, rusas, cubanas, de la CIA, de los echeverristas.

Los más grave es que han tenido que que pasar diez años para que los que participaron del lado estudiantil hablen y que seguramente deberán pasar otros diez años para que los funcionarios públicos responsables y actores en esos acontecimientos, si no se han muerto para entonces, se decidan a hablar y aún así correremos el riesgo de que se hable en términos tan vagos que no se entienda nada y se confundan más las cosas. Así que seguramente un joven sociólogo historiador hará su tesis sobre el cincuentenario del 68 y por fin comenzarán a entenderse las cosas.

Pero el problema fundamental es que lo que sucedió en 1968 fue producto de acontecimientos que comenzaron mucho antes y sus consecuencias ya en 1978 han comenzado a convertirse en parte de la historia moderna de México y que la cabal com-



presión de las determinaciones políticas que hoy están conformando el futuro de México, están estrechamente ligadas a esos acontecimientos. De ahí la necesidad de un análisis más riguroso y de que se sigan haciendo trabajos sobre ese y muchos otros temas de la historia reciente de México. Es muy significativo que diez años después, la mayoría de los dirigentes estudiantiles sigan sosteniendo que las banderas esenciales, aunque no explícitas, del movimiento de 68 siguen siendo válidas y que siguen luchando por ellas; y que incluso, los mismos columnistas políticos de aquella época, sigan repitiendo las mismas estupideces y mentiras de aquel entonces, sólo que ahora aprovechándolas para atacar uno de tantos productos indiscutiblemente consecuencia en gran parte de 68: la reforma política y el surgimiento de nuevas fuerzas políticas en el país.

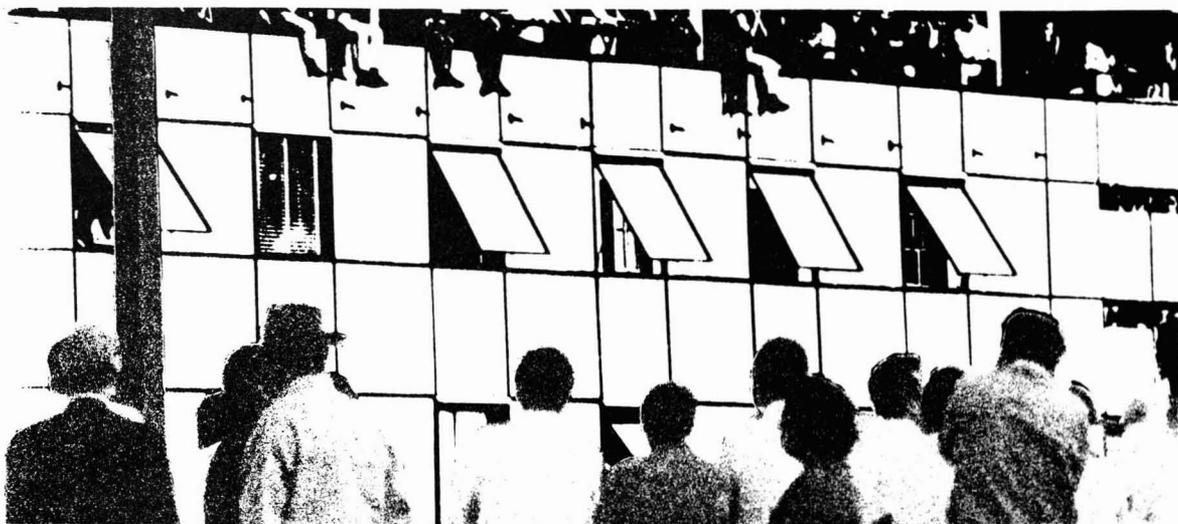
Todo esto no quiere decir que aquí se pretenda hacer la gran explicación de 68, ello será sin duda una tarea colectiva en la que habrán de seguir colaborando el talento y los testimonios de muchos más, algunos de los cuales ni siquiera han nacido aún. Pero sí tengo la necesidad de expresar lo que ahora siento sobre un acontecimiento que marcó mi biografía de una manera indeleble y que continúa siendo razón de preguntas de la gran mayoría de quienes lo vivieron. Por supuesto que hay el peligro de que el hecho de haber sido parte de un "pedazo de la historia", lo haga a uno sobrestimar su importancia para los demás y para la propia biografía; sin embargo creo que una experiencia como la del "2 de octubre de 68" no puede ser indiferente para nadie. No sólo por el costo político o militar, sino por el costo vital y social que implica tener que asesinar para preservar el orden social. Aquí me intereso más por añadir al anecdotario de 68 algunas de mis vivencias que por el análisis científico, que deberían sumarse a las de cientos o miles más.

El 26 de julio asistí, como desde que había entra-

do a Ciencias Políticas, a la manifestación que conmemoraba el inicio de la Revolución Cubana. Fue una manifestación poco numerosa y estaba a punto de terminar el mítin desarrollado en el Hemiciclo a Juárez, cuando alguien dijo que un grupo se dirigía al Zócalo y que los perseguían ya los granaderos. Alcancé a ver que estos últimos entraban a Madero y corrí en compañía de algunos amigos a intentar conocer o avisar a los estudiantes del Poli del peligro que corrían.

Obviamente era un esfuerzo inútil. Casi al llegar al Zócalo sobre Madero, había un montón de zapatos apilados en medio de la calle. En pleno Zócalo había escaramuzas de estudiantes y granaderos. Nos refugiamos en los Arcos, pero sentía una impotencia y una rabia incontenibles. Enfrente de mí había un camión de granaderos, tomé un pedazo de tabique y lo aventé. Mi mala puntería evitó que golpeará a un policía y la agilidad de Guillermo Boils me salvó de un macanazo que otro granadero me iba a dar por atrás. Corrimos hasta Bolívar y luego perdí a Guillermo. Seguí por Cinco de Mayo, les avisé a mis hermanas por teléfono lo que estaba sucediendo y les sugería que no asistieran esa noche al Palacio de Bellas Artes a ver a Paul Taylor. Un grupo de estudiantes venía corriendo por cinco de Mayo perseguidos por los granaderos, corrí con ellos y al llegar frente a la Alameda vi que otro grupo de jóvenes, rompía las vidrieras de algunos establecimientos comerciales. Al regresar más tarde por Av. Juárez, vi que se habían robado lo que había dentro. Encontré a otros amigos, me tomé una cerveza con ellos y me fui a dormir. Toda la noche estuve pensando si acontecimientos como los que había visto podían quedar impunes, pensé que algo iba a pasar, pero por supuesto nada de lo que pasó después.

El 27 en la noche estuvimos en los alrededores de la Preparatoria hasta las once de la noche, vimos los autobuses quemados y logramos entrar hasta la prepa, en donde los estudiantes se preparaban a re-





cibir una nueva embestida de la policía la que aparentemente se había retirado. En la madrugada me avisaron que habían destruido la puerta de la prepa con una bazuka y lo corroboré en la T V. Para entonces ya había reuniones en C.U. y se comenzaban a organizar los estudiantes.

En reuniones en un Salón de Filosofía el CNH nacía. Cuando se izaba la bandera en señal de luto por la violación de la autonomía y en la marcha encabezada por el Maestro Javier Barros Sierra, la que muchos radicales y/o estúpidos calificaban de mediatizadora, comprendí lo que quería decir *valor cívico*. Después creo que estuve en casi todo lo que pasó y por un azar siempre en lo más importante y con una suerte envidiable. Me convertí en el chofer del Comité de Lucha de Ciencias Políticas y en cada manifestación, mi Borgward gris encabezaba el contingente de Ciencias Políticas. Una vez le abrimos el paso a los autobuses que llevaban a los estudiantes a la manifestación en Antropología,

---

*“Lo que sucedió en 68 fue producto de acontecimientos que comenzaron mucho antes, y sus consecuencias, ya en 1978, han comenzado a convertirse en parte de la historia de México...”*

---

con banderas rojas y la mexicana de los exámenes profesionales de la Escuela. Los policías de tránsito

nos daban el paso y nos sentíamos dueños de la ciudad. Hicimos pintas, algunas todavía aparecen cuando se cae la pintura que les pusieron encima, repartimos volantes, trabajamos todo el día y aunque todo parecía en calma, creo que todos sabíamos que eso no podía durar mucho y que algo iba a pasar.

La familia sin entender mucho lo que pasaba, igual que todos, nunca creó obstáculos y al contrario, cuando todo se complicó, fue la clave de que me hubiera salvado de la cárcel. Después del dos de octubre, por ejemplo, ingenuamente enterraron en el patio de la casa un montón de volantes y carteles que coleccionaba. Seis meses después los desenterramos. Mi novia de aquel entonces tampoco entendía muy bien lo que pasaba y acabamos “tronando” un rato. En diciembre nos reconciliaríamos (previa llamada el 2 de octubre para saber que no había ido al mítin de Tlatelolco y por supuesto una novia del movimiento...)

Obviamente que no todo iba a seguir igual y el 27 de agosto después de la fantástica movilización, cuando iba hacia mi casa, cerca de las once, al pasar por el cuartel de Guardias Presidenciales en la Calzada de Tlalpan, vimos que salía un convoy militar con rumbo al centro. Di vuelta en el viaducto y decidimos seguirlo, se estacionaron atrás del Palacio. Cuando entramos al Zócalo, estaban exigiendo por el sonido del informe, la salida, al mismo tiempo que por 20 de Noviembre entraban las patrullas muy ordenaditas. Subieron en mi coche unas mantas y unos palos y salimos al mismo paso de todos, hasta Bucareli en donde me estacioné. Unos periodistas de El Universal nos gritaron “alborotadores” y les contestamos “vendidos”, un grupo se enfrentaba con un tanque y un camión del ejército, ante la mirada impávida de Cristóbal Colón.

El día del desagravio, regresaba de dejar a S. en la Cuahtémoc y decidí ir al Zócalo. Dejé el coche en Pino Suárez; un hombre herido estaba en una



zapatería, la gente corría y se escucharon balazos. Las cosas habían cambiado. La ciudad había dejado de pertenecer a sus dueños originales y volvía al "orden".

La participación en ese momento era muy activa: las asambleas en la escuela se llenaban y los profesores participaban mucho. El esfuerzo mayor era por racionalizar las demandas haciendo posible el diálogo. Entonces sólo participaba como brigadista, la representación de la Facultad estaba en la Presidencia de la Asociación de Alumnos, que yo había perdido en la elección interna de la alianza de grupos de "izquierda" de la Escuela. Pero como Becario del Centro de Estudios Latinoamericanos tenía derecho a asistir a las reuniones de los profesores y platicaba mucho con algunos de ellos. Esto me permitía tener una visión más amplia de la situación. Comprendía que la demanda del diálogo público era inaceptable para el gobierno, pero estaba convencido de la justeza de las demandas de los estudiantes. La moral cristiana y las clases de civismo que habían formado mi conciencia, me hacían pensar que todo abuso de poder debía ser castigado, más cuando era tan obvio que la fuerza estaba de parte del Estado y la debilidad de los estudiantes. La violencia que había visto me asustaba y sabía que no podía prolongarse por mucho tiempo esa situación de aparente dominio estudiantil, pero ante las proporciones del CNH, de intensificar la actividad de las brigadas y nuevas manifestaciones, tampoco veía yo que a mí o a otros se les ocurriera algo mejor. Me desesperaba la ignorancia y la inconciencia de muchos de los estudiantes que no sabían ni siquiera quiénes eran los funcionarios del gobierno que tenían que ver con el asunto y no parecían percatarse de que a medida que pasaba el tiempo, las cosas no iban a favorecerles. Algunos idiotas inútiles pensaban que sería bueno que entrara el ejército a la C U para que la "pequeña burguesía" advirtiera el carácter represivo del Estado. Ya se sabe que fueron complacidos.

El día que entró el ejército a C U, hubo un mitin en una colonia aledaña, luego me fui a casa, llegando ahí Julio Labastida, me avisó que el ejército estaba en C U. Nos pasamos toda la noche en casa de Margarita Suzan, pensando qué podíamos hacer. No hicimos nada.

De ahí en adelante participé mucho más activamente y junto con otros compañeros pasamos a representar a la Escuela en el CNH, porque el Presidente de la Asociación de Alumnos, Romeo González, había sido apresado. Saldría años más tarde.

Al día siguiente en la noche, fui con M S al Casco de Sto. Tomás. Pasamos sin percatarnos en medio de una balacera; había policías tirados en el suelo disparando hacia las escuelas. Algunos jóvenes de colonias vecinas, juntaban gasolina, trapos y botellas para hacer bombas molotov para apoyar a los estudiantes cercados. Nos conmovió su solidaridad espontánea, ninguno de ellos era estudiante. Nos reuníamos en Casa del Lago, junto con las autoridades y me tocó entrar con el Director de la Escuela el día que la entregó el Ejército. Ciertamente las instalaciones no estaban en condiciones óptimas cuando estaban en manos de los estudiantes. Un cuadro que estaba en la Dirección había sido pintarrajeado por uno de los más famosos líderes del Movimiento; pero los destrozos que hizo el Ejército en Ciencias Políticas, fueron brutales. Todos los expedientes de los estudiantes estaban regados por el suelo, lo mismo que los archivos de la Facultad. Varios cubículos, los cuales jamás habían sido abiertos por los estudiantes, tenían las puertas arrancadas.

El 2 de octubre asistí con mi hermano y M S al mitin. Estacionamos el coche frente a la vocacional. Fuimos a buscar a un compañero de la Escuela que era orador en el mitin. Subimos con él al tercer piso del edificio Chihuahua. La asistencia no era muy numerosa y estuvimos ahí un buen rato. Luego nos dijo que nos bajáramos porque había muchos guaruras. Lo hicimos y nos quedamos en el





ángulo norte de la plaza, en las orillas. De repente vimos el helicóptero y las luces. Oímos disparos y comenzamos a correr. Nuestro compañero corrió detrás del edificio, nosotros, agarrados de la mano, hacia Manuel González, nos encontramos con soldados que con la bayoneta preparada parecían tan asustados como nosotros; nos dejaron pasar, pero más atrás había otra fila que ya no dejaba salir. Nos metimos a un edificio y comenzamos a tocar puertas. Para entonces éramos ya varios. Una puerta se abrió pero ya no pudimos entrar. Finalmente una mujer, cuyo nombre y dirección lamentamos toda la vida no recordar para agradecerle su generosidad, nos abrió. Éramos como diez personas. Escuchábamos el ruido de las ametralladoras, pero no podíamos ver nada. Llamamos a nuestras casas, prometiendo llegar a la brevedad. Nos ofrecieron pan para el susto y a las ocho, después de deshacernos de todo lo que nos identificara como estudiante, (insignias del movimiento, botones con el retrato del Che, etc.) y con una bolsa para el pan, salimos los tres. Caminamos con miedo hasta Manuel González, había una fila de tanques, seguimos hasta la glorieta y nos subimos al primer camión que pasaba. Aparentemente el resto de la ciudad seguía su vida normal. Llegamos al Zócalo que está lleno de agentes de la secreta. Nos tomamos un café con un amigo que tenía un negocio por ahí y me recordó que ya me había advertido lo que iba a suceder. Fuimos a nuestras casas; nos pusimos a ver en la T V lo que había pasado. Una película impresionante nos lo mostró. Siempre me he quedado con la sensación de que algo deberíamos haber hecho esa noche. Romper vidrios de Bancos, gritar en la calle algo, pero la impresión nos paralizó.

Al día siguiente me corté el pelo, me vestí de traje y sin decirle nada a mis padres me lancé a recuperar mi auto. Con MS y mi hermano nos presentamos en Tlatelolco. Mi cédula de Hacienda me identificaba como empleado del mismo negocio a nombre del cual estaba registrado el coche. De esta manera

me hice pasar como agente de ventas que había sido sorprendido por los acontecimientos y que se había visto obligado a dejar un auto que no era suyo ahí. El coche tenía dos llantas pinchadas y estaba rayado con una bayoneta. Habían puesto "pinches estudiantes, el ejército es su padre" e "hijos de puta" o algo así. Me condujeron con un oficial que estaba en un edificio. Me pidió los papeles, los revisó y dijo que podía llevármelo, nada más que lo catearan. Cuando abrí el coche, metí la mano en la cajuelita y saqué unos cigarros junto con unos retratos del Che. Casualmente el día anterior mi hermana había limpiado el coche y había sacado toda la propaganda que solía traer en él. Le cambiamos las llantas y cuando salíamos nos volvieron a llevar con el oficial, el soldado que nos había estado vigilando todo el tiempo, le dijo que el coche tenía pegada una calcomanía del movimiento. Le dije al Gral. o lo que fuera, que estaba por fuera y que seguramente habían sido los estudiantes. Me dejó ir, cuando subí al coche me dijo el soldado que la calcomanía estaba pegada por dentro, le dije que gracias y nos fuimos. Llegando a la casa se la despegué, después de haber sido regañado por mi osadía. Creo que tenían razón.

A los dos días nos fuimos a Acapulco a un departamento de un tío de MS. Éramos cinco. Llovió todo el tiempo. A los tres días, MS, Javier Molina y yo decidimos regresar a México. Los otros compañeros se fueron al sureste. Estaban y se sentían más comprometidos que nosotros y tenían miedo de ser detenidos.

Al día siguiente nos integramos a la Escuela y por ser los únicos del Comité de Lucha que quedábamos, asumimos la representación de la Escuela. Nos ratificó una asamblea minúscula de treinta o cuarenta gentes. Los de Economía nos invitaron a asistir a una reunión con los representantes gubernamentales en casa de Andrés Caso. Se trataba de reiniciar las pláticas. Las reuniones del CNH eran en el Poli casi siempre y eran larguísimas. Nos ins-



cribimos en la comisión que buscaba dar apoyo a los compañeros presos y obtener su libertad. En tal calidad asistíamos a las reuniones con Caso y De la Vega. De la discusión sobre las demandas se pasó rápidamente a una serie de reuniones que básicamente tendían a garantizar que no íbamos a interrumpir la buena marcha de la Olimpiada y a convencernos de que la única manera de lograr la libertad de los compañeros, era que regresáramos a clases. Advertí como otros compañeros, que los marcos de negociación que tenían los emisarios presidenciales eran muy estrechos y que se movían con tan mala información como nosotros. Sólo que a veces de signo contrario. Muchas veces advertí sobre todo al final de noviembre su desesperación y su deseo de comprender lo que había pasado, aunque fuera para juzgarlo desde perspectiva. En todo caso ni ellos ni nosotros parecíamos poder hacer nada para cambiar acontecimientos que ya habían pasado y sólo tratábamos todos de evitar que se volvieran más trágicos y definitivos. A diez años de distancia, creo, y estoy seguro que ello lo comparten muchos amigos que lo vivieron, esas pláticas no fueron inútiles. Abrieron la posibilidad de un arreglo que no estuviera en manos de la violencia y que salvaguardó la libertad de muchos jóvenes, y quizás sus vidas, pues el asesinato de un joven que pintaba una pared a manos de un policía, evidenciaba el clima que otros buscaban. Lamentablemente no pudimos hacer mucho por los que estaban en la cárcel y sólo se liberó a un número muy pequeño que más tarde sería compensado con nuevas detenciones en 1969.

En esas negociaciones se comprometió a veces el prestigio porque nos vimos obligados a aceptar a hablar con los Procuradores. Una vez, en una reunión que se suponía privada entre la Comisión Prolibertad de los detenidos y el Procurador General nos sorprendieron la prensa y la T.V., delante de la cual, a través mía, los estudiantes fuimos amonestados y regañados en un discurso chantajista hipó-

crita y demagógico por el procurador. Luego fui regañado y amonestado por mis compañeros.

Por esos días, en el grupo de Ciencias Políticas, después de largas discusiones con otros compañeros, decidimos llevar al CNH, la proposición del regreso a clases. Para entonces ya las brigadas casi no funcionaban, las escuelas estaban vacías y durante las Olimpiadas, que yo aborrecía sobre todo cuando la gente coreaba "México, México", grito que meses atrás había identificado al Movimiento (aparte de todo nunca me han gustado los deportes), a veces las reuniones del CNH se terminaban rápidamente porque "va a jugar México"...) )

El regreso a clases en ese momento lo concebíamos algunos como una posibilidad de preservar la organización de los estudiantes que había producido el movimiento. Esperanza que rápidamente se esfumó, pues a los tres días que se regresó a clases comenzó una cacería de brujas y por ejemplo, bajo la acusación de haber representado espuriamente a la Escuela en el CNH, fui expulsado del Comité de Lucha por una serie de compañeros que a partir del 18 de septiembre jamás había yo visto.

La primera vez que se iba a votar el regreso a clases en el CNH, llegó una comisión de madres de estudiantes encarcelados que nos exigían seguir en la lucha. Por supuesto perdimos la votación. Más tarde la ganamos junto con la proposición de elaborar el manifiesto dos de octubre, que redactamos en casa de MS, luego de interminables discusiones, mientras parte de la comisión veía la T.V.

Después, sólo seguí participando en la Comisión por la Liberación. Recuerdo que el 26 de diciembre nos citó el Subprocurador Franco Rodríguez, no encontré a nadie de la Comisión y fui solo. Me dijo que ya no habría más liberaciones, me preguntó que qué había pasado y me contó de su "amistad" con Elí de Gortari. Salí de ahí, el Zócalo estaba vacío, intenté invitar a una amiga a salir. No le dieron permiso. Creo que me dormí hasta el 1o. de enero de 1969.

